

con la suya: á su voz, los reyes entraban ó saltaban por las ventanas. Los designios de la providencia iban acordes con los de Napoleón, y se ve marchar al mismo paso á Dios y al hombre. Bonaparte, después de su victoria, manda construir en París el puente de Austerlitz, y el cielo manda á Alejandro que pase por él.

La guerra, comenzada en el Tirol, había proseguido en tanto que continuaba en Moravia. En medio de tantas prosternaciones, cuando se ve á un hombre de pie, se respira: Hofen, el tirolés, no capituló con su señor; pero la magnanimidad no conmovió el corazón de Bonaparte, sino que lo tomaba por necedad ó por locura. El emperador de Austria abandonó á Hofen. Cuando yo crucé el lago de Garde, inmortalizado por Catulo y por Virgilio, me enseñaron el sitio en que fue fusilado el cazador: esto es cuanto he sabido personalmente del valor del súbdito y de la cobardía del príncipe.

El 14 de enero de 1806 casó el príncipe Eugenio con la hija del nuevo rey de Baviera. Los tronos refluían por todas partes á la familia de un soldado de Córcega. El 20 de febrero decretó Bonaparte la restauración de la iglesia de Saint-Denis, y consagró los panteones reconstruidos á la sepultura de los príncipes de su estirpe; con todo, Napoleón nunca será enterrado en ellos; el hombre cava su sepultura, y Dios dispone de ella.

Berg y Cleves son devueltas á Murat. José recobra las Dos-Sicilias. Cruza por el cerebro de Napoleón un recuerdo de Carlomagno, y crea la universidad.

La república de Batavia, forzada á amar á los príncipes, envía á pedir á Napoleón el día 5 de junio de 1806 que le conceda por rey á su hermano Luis.

La idea de la asociación de la Batavia á la Francia, por medio de la unión mas ó menos encubierta, provenía únicamente de una codicia ilimitada é injusta: esto era preferir una pequeña provincia á las ventajas que resultarían de la alianza con un gran reino unido, aumentando sin provecho los temores y las envidias de Europa: esto era asegurar á los ingleses en su posición en la India, obligándoles, para su seguridad, á conservar el cabo de Buena-Esperanza, y á Ceylan, punto de que se habían apoderado á nuestra primera invasión en la Holanda. Hallábase preparada la escena del otorgamiento de las Provincias-Unidas al príncipe Luis: dióse en el palacio de las Tullerías una segunda representación de Luis XIV, haciendo aparecer en el palacio de Versalles á su nieto Felipe V. El día siguiente hubo un almuerzo de gran etiqueta en el salón de Diana. Uno de los hijos de la reina Hortensia entró en él, y Bonaparte le dijo: «Chiquitín, repítenos la fábula que has aprendido.» El niño empezó así:—*Las ranas pidiendo rey*, y continuó:

«Sin rey vivía libre, independiente,
el pueblo de las ranas felizmente;
la amable libertad solo reinaba
en la inmensa laguna que habitaba.
Mas las ranas al fin un rey quisieron;
á Júpiter excelso lo pidieron, etc.»

Sentado detrás de la nueva soberana de Holanda, el emperador, según una de sus muchas familiaridades, la pellizcaba en las orejas: aunque era de una escogida sociedad, sus modales no eran demasiado escogidos.

El 17 de julio de 1806 se llevó á cabo el tratado de la confederación de los Estados del Rin; catorce príncipes alemanes se separan del imperio y se unen entre sí y con la Francia, tomando Napoleón el título de protector de esta confederación.

El 20 de julio se firma la paz de Francia con la Rusia, y Francisco II, á consecuencia de la Confederación del Rin, renuncia el 6 de agosto á la dignidad de emperador electivo de Alemania, haciéndose empe-

rador hereditario de Austria; el santo imperio romano se desploma, y aquel importante acontecimiento casi fue notado; después de la revolución francesa, todo parecía insignificante; después de la caída del trono de Clovis, apenas se oía el ruido de la caída del trono germánico.

Al empezar nuestra revolución, tenía la Alemania una porción de soberanos. Dos monarquías principales tendían á atraer hacia sí los demás poderes inferiores: el Austria, creada por el tiempo; la Prusia, creada por un hombre. Dos religiones dividían el país y se fundaban sobre las bases del tratado de Westfalia. La Alemania soñaba en la unidad política, pero faltaba á esta potencia, para llegar á la libertad, la educación política, como falta á Italia para el mismo fin la educación militar. La Alemania, con sus rancias tradiciones, asemejábase á esas basílicas de amontonados campanarios que pecan contra las reglas del arte, pero que no por eso dan una idea menos grande de la magestad de la religión y del poder de los siglos.

La Confederación del Rin es una gran obra sin concluir, que exigía mucho tiempo y un conocimiento especial de los derechos y de los intereses de los pueblos; esta obra degeneró al momento en el espíritu del que la había concebido, y de una combinación profunda no quedó mas que una máquina fiscalizadora y militar. Pasada la primera ráfaga del genio de Bonaparte, no era todo ello mas que dinero y soldados, el exactor y el reclutador ocupaban el lugar del grande hombre. Miguel Angel, de la política y de la guerra, ha dejado sus ensayos llenos de grandes proyectos.

Guiado siempre por su espíritu de trastorno, imaginó Napoleón por entonces el gran Sanhedrin; esta asamblea no le adjudicó á Jerusalén; pero de consecuencia en consecuencia ha hecho afluir los fondos del mundo á las cobachas de los judíos, y ha producido por lo tanto un cambio poco favorable en la economía social.

El marqués de Lauderdale fue á París á reemplazar á Mr. Fox en las negociaciones pendientes entre Francia é Inglaterra, negociaciones diplomáticas que no tuvieron mas resultado que aquel dicho del embajador inglés sobre Mr. de Talleyrand:—«Eso es barro (1) cubierto con una funda de seda.»

CUARTA COALICION.—CAMPAÑA DE PRUSIA.—DECRETO DE BERLIN.—GUERRA EN POLONIA CONTRA LA RUSIA.—TILSITT.—PROYECTO DE REPARTICION DEL MUNDO ENTRE NAPOLEON Y ALEJANDRO.—PAZ.

Durante el año 1806 se forma la cuarta coalición. Napoleón sale de Saint-Cloud, llega á Maguncia y se apodera en Saalbourg de los almacenes del enemigo. El príncipe Fernando de Prusia es muerto en Saalfeld. En Aversaedt y en Jena, el 14 de octubre, desaparece la Prusia con esta doble batalla: yo no pude hallarla á mi vuelta de Jerusalén.

El boletín prusiano lo dice todo en una sola línea: «El ejército real ha sido derrotado. El rey y sus hermanos viven.» El duque de Brunswick sobrevivió poco tiempo á sus heridas; en 1792 su proclamación había conmovido la Francia; el duque me saludó en el camino cuando, pobre soldado, iba á reunirme con los hermanos de Luis XVI.

El príncipe de Orange y Moellendorf, con muchos oficiales generales encerrados en Halle, obtienen el permiso de retirarse en virtud de la capitulación de la plaza.

Moellendorf, de mas de ochenta años de edad, fue el compañero de Federico, quien hace el elogio de él.

(1) Y no pongo aquí la palabra textual, sino otra menos significativa.

en la *Historia de su tiempo*, lo mismo que Mirabeau en sus *Memorias secretas*. Hallóse presente á nuestros desastres de Rosback, y fue testigo de nuestros triunfos de Jena: el duque de Brunswick presenció en Clostercamp el sacrificio de Assas, y vió caer en Aners-taedt á Fernando de Prusia, culpable tan solo del odio generoso contra el asesino del duque de Enghien. Estos cetos de las antiguas guerras de Hannover y de Silesia han participado de las balas de nuestros dos imperios: las sombras impotentes del pasado no podían detener la marcha del porvenir; así es que asomaron y se desvanecieron entre el humo de nuestras antiguas tiendas y el de nuestros modernos vivaques.

Erfurt capitula; Davoust se apodera de Leipsick; fuérganse los pasajes del Elba; Spandan cede, y Bonaparte hace prisionera en Postdam la espada de Federico. El 27 de octubre de 1806 el gran rey de Prusia oye alrededor de sus palacios vacíos de Berlín un ruido de armas que le revela la presencia de granaderos extranjeros: era Napoleón que había llegado. En tanto que el monumento de la filosofía se hundía en las aguas del Spree, visitaba yo en Jerusalén el eterno monumento de la religión.

Stettin y Custrin se rinden; alcánzase en Lubeck una nueva victoria; la capital de la Wagria es tomada por asalto. Blucher, destinado á entrar por dos veces en París, queda prisionero de la Francia. Esta es la historia de Holanda y de sus cuarenta y seis ciudades, tomadas en un viaje hecho por Luis XIV en 1672.

El 27 de noviembre aparece el decreto de Berlín sobre el sistema continental, decreto gigantesco que aisló á la Inglaterra de las demás naciones, y que estuvo para llevarse á cabo: este decreto pareció desatinado, pero era grande. Sin embargo, si el bloqueo continental dió vida por un lado á las manufacturas de la Francia, de Alemania, de la Suiza y de la Italia, por otro extendió el comercio inglés por el resto del mundo: disgustando á los gobiernos de nuestra alianza, insurreccionó los intereses industriales, fomentó los odios, y contribuyó al rompimiento entre el gabinete de las Tullerías y el de San Petersburgo. El bloqueo fue, pues, un acto dudoso, y seguramente Richelieu no lo hubiera emprendido.

La Silesia fue recorrida poco después que los demás Estados de Federico. El 9 de octubre había empezado la guerra entre la Francia y la Prusia: en diez y siete días nuestros soldados, semejantes á una bandada de aves de rapiña, ocuparon los desfiladeros de la Franconia, las aguas del Saale y del Elba: el 6 de diciembre los miró al otro lado del Vístula. Murat, desde el 9 de noviembre, se hallaba de guarnición en Varsovia, de donde se habían retirado los rusos, que llegaron demasiado tarde al socorro de los prusianos. El elector de Sajonia, elevado al grado de rey napoleónico, accede á la Confederación del Rin, y se compromete á dar en caso de guerra un contingente de veinte mil hombres.

El invierno de 1807 suspendió las hostilidades entre la Francia y la Rusia; pero estos dos imperios se han abordado, y se observa ya una alteración en los destinos de ambos. Sin embargo, el astro de Bonaparte adquiere aun mas brillo, á pesar de sus aberraciones. El 7 de febrero de 1807 se halla sobre el campo de batalla de Eylau: nos ha queda lo uno de los mas bellos cuadros de Gros, que representa aquella espantosa carnicería, y que se halla adornado con la cabeza idealizada de Napoleón. Después de cincuenta y un días de atrincheramientos, Dantzick abre sus puertas al mariscal Lefebvre, que no había cesado de decir á los artilleros durante el sitio:—«Yo nada entiendo, pero abrid un pequeño agujero, y pasaré por él.» El antiguo sargento de la guardia francesa fue nombrado duque de Dantzick.

El 14 de junio de 1807, Friedland costó á los rusos diez y siete mil muertos y heridos, otros tantos pri-

sioneros, y setenta cañones; pero pagamos esta victoria demasiado cara; habíamos cambiado de enemigo, y no se obtenía una victoria sin mucha sangre. Koenigsberg cayó en poder nuestro, y se firmó un armisticio en Tilsitt.

Napoleón y Alejandro tuvieron una entrevista en su pabellón Alejandro arrastraba tras sí al rey de Prusia, á quien casi se podía distinguir: la suerte del mundo flotaba sobre el Niemen, donde debía fijarse mas adelante. En Tilsitt se ocupaban de un tratado secreto, compuesto de diez artículos. Con arreglo á este tratado, la Turquía europea debía ser devuelta á la Rusia, así como las conquistas que los ejércitos moscovitas hiciesen en el Asia. Por su parte Napoleón se hacia dueño de España y Portugal, reunía á Roma y sus dependencias al reino de Italia, pasaba al Africa, se apoderaba de Túnez y de Argel, ocupaba á Malta, é invadía el Egipto, abriendo el Mediterráneo solamente á las embarcaciones francesas, rusas, españolas é italianas: estas eran las ideas obligadas de la cabeza de Napoleón, y ya se había frustrado un proyecto de invasión de la India concertado entre Napoleón y Pablo I.

Concluyóse un convenio de paz el 7 de julio. Napoleón, que desde un principio se había hecho odioso á la reina de Prusia, no quiso acceder en nada á sus intercesiones. Habitaba esta una pequeña casa abandonada en la orilla derecha del Niemen, y sin embargo, le hicieron por dos veces el honor de invitarla á los festines de los emperadores. La Silesia, injustamente invadida en otro tiempo por Federico, fue devuelta á Prusia; respetábase el derecho de la injusticia; lo que provenía de haberse canonizado la violencia. Una parte del territorio polaco pasó en soberanía á la Sajonia. Dantzick recibió su independencia sin acordarse nada de los hombres muertos en sus calles y en sus fosos: ridiculos é inútiles asesinatos de la guerra! Alejandro reconoció la Confederación del Rin y á los tres hermanos de Napoleón, José, Luis y Gerónimo, como reyes de Nápoles, de Holanda y de Westfalia.

GUERRA DE ESPAÑA.—ERFURT.—APARICION DE WELLINGTON.

La fatalidad con que Bonaparte amenazaba á los reyes amenazaba á él mismo; casi simultáneamente atacaba á Rusia, á España y á Roma, cuyas tres empresas le perdieron. Ya se ha visto en el *Congreso de Verona*, cuya publicación ha precedido á la de estas *Memorias*, la historia de la invasión de España. El tratado de Fontainebleau se firmó el 29 de octubre de 1807. Habiendo llegado Junot á Portugal, declaró, con arreglo al decreto de Bonaparte, que la casa de Braganza *había cesado de reinar*, sin embargo, aun sigue reinando. Hallábanse en Lisboa tan bien instruidos de lo que pasaba sobre la tierra, que Juan II no tenía noticia de este decreto sino por medio de un número del *Monitor* que llegó casualmente á sus manos, y ya el ejército francés se hallaba á tres jornadas de la capital de Lusitania. No quedaba á la corte otro recurso que el de huir por los mares que saludaron las velas de Gama y oyeron los cánticos de Camoens.

Al mismo tiempo que Napoleón por su desgracia llegó al Norte de la Rusia, levantóse el velo que encubría el Mediodía, y se vieron nuevas regiones y nuevas escenas: el sol de Andalucía, las palmeras del Guadalquivir, que nuestros granaderos saludaron presentando las armas. Viéronse sobre la arena los combates de los toros, los guerrilleros desnudos sobre las montañas, y los frailes orando dentro de los claustros.

El espíritu de la guerra cambió con la invasión de España; Napoleón se halló en contacto con Inglaterra, su genio funesto, y le enseñó el arte de la guerra: Inglaterra destruyó la flota de Napoleón en Aboukir, le

detuvo en San Juan de Acre, le quitó sus últimos navíos en Trafalgar, le obligó á abandonar la Iberia, se apoderó del Mediodía de Francia hasta el Garona, y le esperó en Waterlóo. Ella conserva aun su tumba en Santa Elena, así como se apoderó de su cuna en Córcega.

El 5 de mayo de 1808 el tratado de Bayona cedió á Napoleon, á nombre de Carlos IV, todos los derechos de este monarca. El rapto de la España hizo de Napoleon un príncipe de Italia semejante á Maquiavelo, salva la enormidad del robo. La ocupacion de la península disminuyó sus fuerzas contra Rusia, de la que era aun ostensiblemente amigo y aliado, aunque la odiaba en el fondo de su corazón. En su proclama, Napoleon dijo á los españoles: — «Vuestra nacion parecia: he visto vuestros males, y voy á poner remedio á ellos: quiero que vuestra posteridad conserve mi recuerdo y que diga: *él fue el regenerador de nuestra patria.*» Con efecto, el fue el regenerador de la España, pero pronunciaba palabras cuyo sentido no comprendia bien. Un catecismo de aquella época, compuesto por los españoles, explica el verdadero sentido de la profecía.

— «Dime, niño, ¿qué eres?—Español, por la gracia de Dios.—¿Quién es el enemigo de nuestra felicidad?—El emperador de los franceses.—¿Quién es este?—Un perverso.—¿Cuántas naturalezas tiene?—Dos: la naturaleza humana y la naturaleza diabólica.—¿De quién se deriva Napoleon?—Del pecado.—¿Qué suplicio merece el español que falta á sus deberes?—La muerte y la infamia de los traidores.—¿Quiénes son los franceses?—Antiguos cristianos convertidos en herejes.»

Bonaparte, despues de su caída, condena, en términos nada equívocos su empresa de España: «Llevé muy mal, dice, todo este negocio, *la inmoralidad debió hacerse demasiado patente, y la injusticia denotada cinica*, quedando un todo informe, puesto que he sucumbido; porque el *atentado* no se presenta sino bajo su vergonzosa desnudez, y privado de la grandiosidad y de los inmensos beneficios amontonados en mis intenciones. Sin embargo, la posteridad lo nubiera preconizado si hubiese llevado á cabo mi plan, y tal vez con razon, atendiendo á sus grandes y felices resultados. Esta combinacion me ha perdido. He destruido mi moralidad en Europa y abierto una escuela á los soldados ingleses. Esa desgraciada guerra de España ha sido una verdadera llaga, y la causa primitiva de la desgracia de la Francia.»

Esta confesion (empleando la misma frase de Napoleon) *es demasiado cinica*, pero no puede engañarnos: al acusarse de este modo, Bonaparte se lleva la mira de presentar un atentado aisladamente, á fin de causar una admiracion no interrumpida con todas sus demás acciones.

Perdida la jornada de Bailen, los gabinetes europeos, asombrados del triunfo de los españoles, se avergonzaron de su propia pusilanimidad. Wellington aparece por primera vez en el horizonte, en el momento en que el sol desciende á su ocaso; desembarca un ejército inglés cerca de Lisboa el 31 de julio de 1808, y el 30 de agosto las tropas francesas desocupan la Lusitania. Soult tenia proclamas en que se intitulaba Nicolás I rey de Portugal. Napoleon llamó de Madrid al gran duque de Berg. Antojósele hacer un cambio entre José, su hermano, y Joaquín, su cuñado; tomó la corona de Nápoles de la cabeza del primero, y la colocó sobre la del segundo; hundió la regia insignia sobre las cabezas de los dos nuevos reyes que se marcharon cada uno por su lado, como dos conseriptos que han cambiado de shako.

Bonaparte dió en Erfurt el 22 de setiembre una de las últimas representaciones de su gloria. Creia haberse burlado de Alejandro y haberle engreido con sus elogios. Cierta general escribia: «Acabamos de hacer

tragar un vaso de opio al czar, y en tanto que duermes iremos á ocuparnos de otro asunto.»

Un cobertizo habia sido convertido en teatro; dos sillones de brazos se hallaban colocados delante de la orquesta, y destinados á los dos potentados; á izquierda y á derecha habia sillas para los monarcas; detras habia banquetas para los príncipes. Talma, rey de la escena, representaba ante un parterre de reyes. Al pronunciar el verso:

«L'amitié d'un grand homme est un bienfait des dieux.»

«La amistad de un hombre grande es un beneficio de los dioses;»

Alejandro apretó la mano de su *gran amigo*, y se inclinó diciendo: — «Nunca lo he conocido tanto como hoy:»

Alejandro era entonces un necio á los ojos de Bonaparte, y este se reia de él; cuando le creyó un malvado, le admiró. — «Es un griego del bajo imperio, decia, y se debe desconfiar de él.» En Erfurt, Napoleon afectaba la falsedad descarada de un soldado vencedor; Alejandro disimulaba como un príncipe vencido; la astucia luchaba contra la mentira; la política de Oriente y la de Occidente conservaban sus respectivos caracteres.

Londres eludia las proposiciones de paz que se le hicieron, y el gabinete de Viena se preparaba disimuladamente para la guerra. Entregado nuevamente á su imaginacion, Bonaparte hizo esta manifestacion al cuerpo legislativo el 26 de octubre:

«El emperador de Rusia y yo hemos tenido una entrevista en Erfurt: nos hallamos de acuerdo é invariablemente unidos, así para la paz como para la guerra.» Y añadió: «Cuando yo aparezca *al otro lado* de los Pirineos, el leopardo asentado se arrojará en el Océano para evitar la vergüenza, la derrota ó la muerte.» Y á pesar de esto, el leopardo se presentó en *el lado de acá* de los Pirineos.

Napoleon, que siempre creia lo que deseaba, pensó poder volver á Rusia despues de haber acabado de someter la España en cuatro meses, como llegó despues á la legitimidad; consecuente con este proyecto retiró ochenta mil veteranos de Sajonia, Polonia y Prusia, y marchó con ellos á España, diciendo á la diputacion de Madrid: — «No hay obstáculo alguno que pueda retardar por mucho tiempo la ejecucion de mi voluntad. Los Borbones no pueden ya reinar en Europa, y no puede existir en el continente ningun poder que reciba influencias de la Inglaterra.»

Hace treinta y dos años que se pronunció este oráculo, y la toma de Zaragoza, desde el 21 de febrero de 1809, anunció la libertad del universo.

Todo el valor de los franceses fue inútil: las selvas se armaron; los arbustos se tornaron en enemigos. Las represalias no servian de nada, porque en aquel país las represalias son una cosa corriente. La jornada de Bailen; la defensa de Gerona y de Ciudad-Rodrigo iniciaron la resurreccion de un pueblo. El marqués de la Romana, del fondo del Bállico trajo sus regimientos á España, como en otro tiempo los francos escapados del mar Negro desembarcaron triunfantes en la embocadura del Rin. Vencedores de los mejores soldados de Europa, vertiamos la sangre de los frailes con aquel furor impío que la Francia debía á los sarcasmos de Voltaire y á la demencia del terror. Y, sin embargo, esta milicia del claustro fue la que puso un término á los triunfos de nuestros soldados veteranos: no esperaban estos hallar aquella falange de hábitos, cabalgando como dragones de fuego sobre las abrasadas vigas de los edificios de Zaragoza, cargando las escopetas entre las llamas, al son de las bandurrias, al canto de las boleras y del *requiem* de la misa de los difuntos. Las ruinas de Sagunto aplaudieron.

Pero sin embargo, el secreto de los palacios de los reyes, cambiados en basílicas cristianas, fue descubierta: las iglesias, saqueadas, perdieron sus obras maestras de Velazquez y Murillo: una parte de los huesos de Rodrigo desapareció de Burgos: creíanse tan cubiertos de gloria, que no temian levantar contra sí los restos del Cid, así como no se habia temido irritar la sombra de Condé.

Cuando saliendo de las ruinas de Cartago atravesé la Hesperia, antes de la invasion de los franceses, vi á los españoles protegidos aun por sus antiguas costumbres. El Escorial me puso á la vista en un solo punto y en un solo momento la severidad de Castilla: asilo de cenobitas, construido por Felipe II en forma de la parrilla de un mártir, en conmemoracion de uno de nuestros desastres, elevábase el Escorial sobre un suelo compacto y oscuro. Guardaba las tumbas de los reyes pasados y venideros, una biblioteca que las arañas habian marcado con su sello, y las obras maestras de Rafael enmoheciéndose en una sacristia desierta. Sus mil ciento cuarenta ventanas se abrian sobre los espacios mudos del cielo y de la tierra: la corte y los cenobitas reunian allí en otro tiempo el siglo y el cansancio del siglo.

Al lado del inmenso edificio, de aspecto inquisitorial, habia un jardín estriado de retamas, y un pueblo cuyos hogares, ennegrecidos por el humo, relaban el antiguo paso del hombre. Aquel Versailles estéril no se poblaba sino durante la estancia intermitente de los reyes. Allí he visto á los tordos anidados en los techos ruinosos. Nada hay mas imponente que esa arquitectura santa y sombría, de invencibles creencias, de elevado aspecto y de taciturna experiencia: una fuerza irresistible hacia fijar mis miradas sobre las salientes pilastras de piedra que llevaban á la religion sobre su cabeza.

¡Adios monasterios, sobre los que dirigí una mirada en los valles de Sierra-Neveda, y desde las playas de Murcia! Allí, al sonido de una campana que pronto dejará de sonar bajo los arcos ruinosos, entre los cánticos sin anacoretas; entre los sepulcros sin voz, y entre los muertos sin manes; allí, en aquellos refectorios vacíos, en aquellos patios á que Bruno legó su silencio, Francisco sus sandalias, Domingo su antorcha, Carlos su corona, Ignacio su espada y Rancé su cilicio, en el altar de una fe que se extingue, acostumbrábase á despreciar el tiempo y la vida; y si aun agitaban el corazón los sueños de las pasiones, vuestra soledad les daba un modo de ser que se unia bien á la vanidad de los sueños.

Al través de aquellas construcciones fúnebres, veíase cruzar la sombra de un hombre enlutado era la sombra de Felipe II, su fundador.

PIO VII. — REUNION DE LOS ESTADOS ROMANOS Á LA FRANCIA.

Habia Bonaparte entrado en la órbita del que los astrólogos llaman *planeta de paso*. La misma política que le conducia á España vasalla, agitaba á la Italia sometida. ¿Qué mas deseaba del clero? El soberano pontífice, los obispos, los sacerdotes, el catecismo mismo, ¿no abundaban en elogios de su poder? ¿No predicaban demasiado su obediencia? ¿Eran acaso un obstáculo los pobres Estados Romanos disminuidos en una mitad? ¿No disponia de ellos á su antojo? La misma Roma, ¿no habia sido despojada de sus obras maestras y de sus tesoros, no quedándole mas que sus ruinas?

¿Tenia por ventura Napoleon el poder moral y religioso de la Santa Sede? Pero persiguiendo la dignidad pontificia, ¿no aumentaba este poder? El sucesor de San Pedro, sometido como estaba, ¿no le era mucho mas útil, obrando de concierto con su discípulo, que

hallándose obligado á defenderse contra el opresor? ¿Qué era pues lo que impulsaba á Napoleon? Su genio malo, su imposibilidad de permanecer en reposo: eterno jugador, cuando no ponía los imperios á una carta, apuntaba una idea fantástica.

Es probable que en el fondo de estos enredos hubiese algun deseo de dominio, algunos recuerdos históricos cruzando por su mente, recuerdos inaplicables al siglo. Cualquiera autoridad (aun la del tiempo y la de la fe) que no fuese inherente á su persona pareciale una usurpacion. La Rusia y la Inglaterra acrecian su sed de preponderancia, la una por su autocracia, la otra por su supremacia intelectual. Recordaba los tiempos en que los papas habitaban en Aviñon, en que la Francia encerraba dentro de sus límites la dominacion religiosa; h biérale complacido en extremo tener un papa á expensas de la nacion. No conocia que persiguiendo á Pio VII, y haciéndose culpable de una ingratitud sin objeto, perdía para con las poblaciones católicas la ventaja de pasar por el restaurador de la religion, y ganaba en cambio el último vestido del caduco sacerdote que le habia coronado, y el honor de ser el carcelero de un anciano moribundo. Pero en fin, Napoleon necesitaba un *departamento del Tiber*: diríase que no creia completa su conquista sino apoderándose de la ciudad eterna: Roma es siempre el gran despojo del universo.

Pio VII habia consagrado á Napoleon. Próximo á volver á Roma, diósele á entender al papa que era muy fácil el retenerle en París: — «Todo está previsto, respondió el pontífice; antes de dejar la Italia he firmado una abdicacion en toda forma, que se halla en poder del cardenal Pignatelli, en Palermo, y fuera del dominio de la Francia. En vez de una papa, solo retendréis á un sacerdote llamado Bernabé Chiaromonte.»

El primer pretexto de queja del descontentadizo Bonaparte fue el permiso concedido por el papa á los ingleses (con los que se hallaba en paz el pontífice) para que pudiesen ir á Roma como los demás extranjeros.

Ademas, habiéndose casado Gerónimo Buenaparte con la señorita Paterson, Napoleon desaprobó este enlace: la esposa de Gerónimo, próxima á dar á luz un hijo, no pudo desembarcar en Francia, y fue obligada á pasar á Inglaterra. Bonaparte quiso que se anulara en Roma aquel matrimonio, y Pio VII se negó á ello, no hallando en él ningun motivo de nulidad aun cuando fue contraído entre un católico y una protestante. ¿Quién defendía los derechos de la justicia, de la libertad y de la religion, del papa ó del emperador? Este decia: — «Veo en mi siglo un sacerdote mas poderoso que yo: él reina sobre el espíritu, y yo no reino mas que sobre la materia; los sacerdotes se reservan el alma y me dejan un cadáver.» Sepárese la mala fe de Napoleon de la correspondencia de entre dos hombres, uno de pié sobre las nuevas ruinas, el otro sentado sobre las ruinas antiguas, y se descubrirá un fondo extraordinario de grandeza.

Una carta, fechada de B-navente (España), desde el teatro de la destruccion, viene á mezclar lo cómico á lo trágico, y se cree uno transportado á la escena de Shakspeare: al señor del mundo manda á su ministro de Negocios Extranjeros que escriba á Roma para que declare el papa que él no aceptaba los cirios de la Candelaria; que el rey de España, José, hacia lo mismo, y que los reyes de Nápoles y de Holanda, Joaquín y Luis, se negarian tambien á admitirlos.

El cónsul de Francia recibió la órden de decir á Pio VII: — «Que no era ni la púrpura ni el poder lo que daba valor á tales cosas (¡ la púrpura y el poder de su anciano prisionero!); que puede haber un infierno para los papas y los curas, y que un cirio bendecido por un cura puede ser tan santo como el del papa.» Injurias miserables de una filosofia de club.

Después de esto, Bonaparte, habiendo pasado de Madrid á Viena, y volviendo á representar su papel de exterminador, por un decreto del 17 de mayo de 1809 reúne los Estados de la Iglesia al imperio francés, declara á Roma ciudad imperial libre, y nombra una *comisión* para tomar posesión de ella.

El papa, desposeído, resistía aun en el Quirinal; tenía aun influencia sobre algunas autoridades que le eran afectas, y mandaba todavía algunos suizos de su guardia; esto era demasiado, y era necesario buscar un pretexto para disculpar una última violencia; hallósele en un incidente ridículo, que ofrecía sin embargo una prueba de sencilla adhesión: unos pescadores del Tíber habían cogido un esturión; quisieron llevarlo á su nuevo San Pedro á Liens; pero en el mismo momento los agentes franceses gritan:—*¡A los amotinados!* y fue dispersado lo poco que quedaba del gobierno pontificio. El ruido del cañon del castillo de San Angelo anunció la caída de la soberanía temporal del papa. La bandera pontificia hizo lugar á la bandera tricolor, que anunciaba la gloria y las ruinas en todas las partes del mundo. Había visto Roma pasar y desvanecerse otras muchas tempestades que no han hecho mas que quitar el polvo de que se halla cubierta su vieja cabeza.

PROPUESTA DEL SOBERANO PONTÍFICE.—ES TRANSPORTADO DE ROMA.

El cardenal Pacca, uno de los sucesores de Consalvi, que se había retirado, corrió al lado del santo padre. Ambos exclamaron:—*¡Consumatum est!* El sobrino del cardenal, Tiberio Pacca, llevaba un ejemplar impreso del decreto de Napoleón; el cardenal toma el decreto, se acerca á una ventana, cuyas hojas cerradas dejaban entrar muy poca luz, é intenta leer el papel; consíguelo con mucho trabajo, viendo á algunos pasos á su desgraciado soberano, y oyendo el cañon que anunciaba el triunfo imperial. Dos ancianos, en medio de la oscuridad del palacio romano, luchaban solos contra un poder que oprimía al mundo: sacaban el vigor de su edad; cuando la muerte está próxima, el hombre es invencible.

El papa firmó desde luego una protesta solemne; pero antes de firmar la bula de excomunión, preparada hacia mucho tiempo, preguntó al cardenal Pacca: «¿Qué es lo que haríais vos?»—Levantad los ojos al cielo, contestó el fiel servidor, y después dad vuestras órdenes: lo que diga vuestra boca será lo que el cielo quiera.» El papa alzó los ojos, firmó, y exclamó:—«¡Dad curso á la bula!»

Megacci fijó los primeros ejemplares de la bula en las puertas de las tres basílicas de San Pedro, de Santa María la Mayor, y de San Juan de Letran; pero fueron arrancados, y el general Miollis envió uno al emperador.

Si alguna cosa podía dar su antiguo prestigio á la excomunión, era la virtud de Pio VII: entre los antiguos, el rayo era tanto mas terrible, cuanto brillaba en un cielo mas sereno. Pero la bula tenía un cierto carácter de debilidad. Napoleón, comprendido entre los *espoliadores* de la Iglesia, no se hallaba *expresamente* nombrado en ella. Había mucho miedo en aquella época, y los tímidos se refugiaron con la conciencia tranquila en esta ausencia de excomunión nominal. Era preciso combatir con violencia: devolver rayo por rayo, y ya que se había tomado el partido de defenderse, debieron haber hecho cesar el culto, cerrar las puertas de los templos, poner en interdicción las iglesias, y prohibir á los sacerdotes administrar los sacramentos. Que el siglo fuese ó no sensible á un acto de esta importancia, debía sin embargo haberse hecho la prueba: Gregorio VII no hubiera dejado de hacerla. Si por una parte no había la fe sufi-

ciente para apoyar una excomunión, la había mucho menos para que Bonaparte, semejante á Enrique VIII, se hiciese jefe de una Iglesia separada. El emperador, con una completa excomunión, se habría encontrado en compromisos inmensos: la violencia puede erigir iglesias, pero no puede abrirlas; no podrían obligar al pueblo á la oración, ni al sacerdote á ofrecer el santo sacrificio de la misa. En ningún tiempo se han empleado contra Napoleón todas las armas de que se pudiera haber echado mano.

Un sacerdote de setenta y un años, y sin un soldado, tenía en gran peligro al imperio. Murat envió setecientos napolitanos á Miollis, é inaugurador de la fiesta de Virgilio en Mantua. Radet, general de la gendarmería, que se hallaba en Roma, fue el encargado de apoderarse del papa y del cardenal Pacca. Tomáronse las precauciones militares convenientes; se dieron instrucciones con el mayor secreto y con tanta exactitud como en la noche de la de Saint-Barthelemy: cuando diera la una el reloj del Quirinal, las tropas, reunidas en silencio, debían escalar intrépidamente la cárcel de los dos ancianos sacerdotes.

A la hora indicada, el general Radet penetró en el patio del Quirinal, por la entrada principal: el coronel Siry, que se introdujo anticipadamente en el palacio, le abrió las puertas. El general subió á las habitaciones, y cuando hubo llegado á la sala de las consagraciones, se encontró con la guardia suiza, que constaba de cuarenta hombres; esta no hizo resistencia alguna, pues había recibido órdenes de no hacerla: el papa no quería tener mas apoyo que el de Dios.

Las ventanas del palacio que daban á la calle que conduce á la Porta-Pia habían sido abiertas á hachazos. El papa, que se había levantado apresuradamente, se hallaba vestido con el roquete y la muceta en la sala de audiencia, con el cardenal Pacca, el cardenal Despuiz, algunos prelados, y los empleados de la secretaría. Hallabase sentado delante de una mesa, entre los dos cardenales. Radet entra, y de un lado y de otro se guardó el mas profundo silencio. Radet, pálido y desconcertado, tomó por fin la palabra: declara á Pio VII que debe renunciar á la soberanía temporal de Roma, y que si su santidad se negaba á obedecer, tenía órden de entregarlo al general Miollis.

El papa respondió que si los juramentos de fidelidad obligaban á Radet á obedecer las órdenes de Bonaparte, con mayor razon, él, Pio VII, debía guardar los juramentos que había pronunciado al recibir la tiara, que él no podía ceder ni abandonar el dominio de la Iglesia, que no le pertenecía, y del cual no era mas que un administrador.

Habiendo el papa preguntado si había de ir solo, le respondió el general:—«Vuestra santidad puede llevar consigo á su ministro.»

Pacca corrió á un aposento vecino á ponerse su traje de cardenal.

Gregorio VII, al celebrar los oficios en Santa María la Mayor, en la noche de Navidad, fue arrancado del altar, herido en la cabeza, despojado de sus ornamentos, y conducido á una torre por órden del prefecto Cencio. El pueblo acudió á las armas: Cencio cayó asustado á los piés de su cautivo; Gregorio apaciguó el motin, y llevado de nuevo á Santa María, acabó de celebrar los oficios.

El 8 de setiembre de 1303 entraron Nogaret y Colonne de noche en Agnani, y forzaron la casa de Bonifacio VIII, el cual los aguardaba con el manto pontificio sobre los hombros, la cabeza ceñida con la tiara, y las manos armadas con las llaves y la cruz. Colonne le abofeteó: Bonifacio murió de rabia y de dolor.

El humilde y digno Pio VII no mostró ni la misma audacia humana ni el mismo orgullo mundanal; tenía los ejemplos mas cerca de sí; sus amarguras se pa-

recian á las de Pio VI. Dos papas del mismo nombre, sucesor uno de otro, han sido víctimas de nuestras revoluciones; ambos se vieron arrastrados á Francia por la *senda dolorosa*: el uno fué á espirar á los ochenta y dos años en Valence, el otro sufrió, ya septuagenario, un encarcelamiento en Fontainebleau. Pio VII parecía el espectro de Pio VI, que pasaba por el mismo camino.

Cuando volvió Pacca vestido con su traje de cardenal, encontró á su agosto amo en manos de los esbirros y gendarmes, que le obligaban á bajar por las escaleras, cubiertas con restos de puertas derribadas. Pio VI, sacado del Vaticano en 20 de febrero de 1800, tres horas antes de salir el sol, abandonó aquel mundo de obras maestras que parecía llorar por su ausencia, y salió de Roma, en medio del murmullo de las fuentes de la plaza de San Pedro, por la puerta Angélica. Pio VII, sacado del Quirinal el 16 de julio al rayar el día, salió por la Porta-Pia y dió la vuelta á las murallas hasta la puerta del Pópulo: la Porta-Pia, por la que tantas veces le salido solo á paseo, es la misma por donde Alarico entró en Roma. Al discurrir por la ronda que había dado paso á Pio VII, no veía yo hacia la parte de la Villa-Borghese mas que la morada de Rafael, y hacia el lado del monte Pincio los asilos de Claudio Lorrain y del Poussin: maravillosos recuerdos de la belleza de las mujeres y de luz de Roma; recuerdos del genio de las artes, protegido por el poder pontificio, y que podían acompañar y consolar á un príncipe cautivo y despojado.

Cuando Pio VII salió de Roma, llevaba en el bolsillo un *papetto* de veinte y dos sueldos, como el soldado que lleva sus cinco sueldos por marcha: después ha recobrado el Vaticano. Bonaparte, cuando ocurrían estas proezas del general Radet, tenía las manos llenas de reinos, ¿y qué le ha quedado? Radet ha dado á la prensa la narración de sus hazañas, y las ha mandado colocar en un cuadro que dejó en herencia á su familia. ¡Tan trastornadas están en los ánimos las nociones del honor y de la justicia!

El papa encontró en los patios del Quirinal á los napolitanos, sus opresores, y los bendijo de igual manera que á la ciudad; esta bendición apostólica, que en todo se mezcla, lo mismo en la desgracia que en la prosperidad, presta un carácter particular á los acontecimientos de la vida de los reyes pontífices, que los hace diferenciarse de los demás reyes. Algunos caballos de posta se hallaban aguardando fuera de la puerta del Pópulo: las persianas del carruaje adonde subió Pio VII estaban clavadas en el lado en que él se sentó. Luego que entró el papa fueron cerradas las portezuelas con dos vueltas, y Radet se guardó las llaves en el bolsillo. El jefe de los gendarmes debía acompañar á su santidad hasta la Cartuja de Florencia.

En Monterrossi estaban llorando algunas mujeres á las puertas de sus casas. El general rogó á su santidad que bajase las cortinillas del carruaje para ocultarse. Hacia un calor excesivo: por la tarde Pio VII pidió de beber: el sargento de caballería Caudigni llenó una botella en un manantial del camino, y el papa la apuró con placer. En la montaña de Radicofani hizo alto su santidad en una pobre posada; llevaba los vestidos empapados en sudor, y no tenía con qué mudarse. Pacca ayudó á la criada á hacerle la cama. Al otro día encontró el papa á algunos aldeanos, y les dijo:—«Valer y oraciones.» Pasaron por Siena, y al entrar en Florencia se rompió una rueda del coche: el pueblo clamaba conmovido:—«¡Santo padre, santo padre!» El papa fue sacado del carruaje volcado por una portezuela: unos se prosternaban, otros tocaban los vestidos de su santidad, como el pueblo de Jerusalem tocó la túnica de Cristo.

Por fin pudo el papa ponerse en camino para la Cartuja, en cuya soledad heredó el lecho que Pio VI ha-

bia ocupado diez años antes, cuando dos palafreneros subían á aquel pontífice á su carruaje arrancándole gemidos de dolor. La Cartuja pertenecía á la posesión de Vallumbrosa; por una serie de pinares se llegaba á las Camaldulas, y de allí de peñasco en peñasco á la cumbre del Apenino, desde donde se descubren los dos mares: una órden repentina obligó á Pio VII á salir para Alejandría, sin darle tiempo mas que para pedir un breviario al prior. Pacca fue separado del soberano pontífice.

De la Cartuja á Alejandría acudió al camino inmensa muchedumbre. Quién arrojaba flores al cautivo, quién le daba agua ó le ofrecía frutas: aquellos aldeanos pretendían libertarle, y le decían:—«*Vuole, dica.*» Un piadoso ladrón le hurtó un alfiler, reliquia que debía abrir al raptor las puertas del cielo.

A tres millas de Génova entró el papa en una litera que le condujo á orillas del mar, y desde allí una falua le transportó al otro lado de la ciudad, á San Pedro de Arena. Pio VII llegó por el camino de Alejandría y de Mondovi á la primera población francesa, donde fue recibido con arrebatos de religiosa ternura: al presenciarla decía:—«¿Por ventura, puede Dios ordenarnos que parezcamos insensibles á estas muestras de afecto?»

Los prisioneros españoles de Zaragoza estaban detenidos en Grenoble, y así como esas guarniciones de europeos que viven olvidadas en algunas montañas de las Indias, cantaban durante la noche haciendo resonar en climas extranjeros las tonadas de la patria: de improviso llega el papa, como si hubiera oído aquellas voces cristianas: los cautivos vuelan al encuentro del nuevo compañero de opresión, y caen de rodillas: Pio VII saca casi todo el cuerpo fuera del carruaje, y tiende sus manos descarnadas y trémulas sobre aquellos guerreros que habían defendido con la espada en la mano la libertad de España, como él la de Italia, con la fe: ambas espadas se cruzan sobre cabezas heroicas.

Desde Grenoble fué conducido Pio VII á Valence. En aquel sitio espiró Pio VII, y allí había exclamado cuando lo presentaron al pueblo:—*¡Ecce homo!* Allí Pio VI se separó de Pio VII; el muerto, hallando su tumba, se metió en ella; él fue quien hizo cesar la doble aparición, pues hasta entonces se habían visto dos papas marchar juntos, así como la sombra acompaña al cuerpo. Pio VII llevaba el anillo que Pio VI tenía en el dedo cuando espiró, como en señal de haber aceptado las desgracias y el destino de su antecesor.

A dos leguas de Comana, San Crisóstomo se hospedó en los establecimientos de San Basilio: durante la noche se le apareció este mártir, y le dijo:—«Animo, hermano mio Juan; mañana estaremos juntos.» Juan contestó:—«¡Alabado sea Dios por todo!» Tendióse en tierra, y murió.

En Valence empecó Bonaparte la carrera, desde la que se lanzó sobre Roma. No dejaron á Pio VII el tiempo suficiente para visitar las cenizas de Pio VI, y le trasladaron apresuradamente á Aviñon: esto era hacerle entrar en la pequeña Roma; él pudo ver allí la nevera en los subterráneos del palacio de otra línea de pontífices y oír la voz del anciano poeta coronado que llamaba á los sucesores de San Pedro al Capitolio.

Conducido al acaso, volvió á entrar en los Alpes marítimos: quiso atravesar á pié el puente del Var. Allí encontró la población dividida por oficio; los eclesiásticos vestidos con sus trajes sacerdotales, y diez mil personas de rodillas guardando el mas profundo silencio. La reina de Etruria con sus dos hijos, también de rodillas, esperaba al santo padre en la extremidad del puente. En Niza las calles se hallaban sembradas de flores. El comandante que llevaba al papa á Savone tomó por la noche un camino desusado por medio de